

JOSE CANO TEMBLEQUE

NOTAS DE LECTURA DEL *¿QUE HACER?* DE LENIN

Esta edición castellana * difiere de la versión francesa a cargo de J. J. Marie y de la inglesa de Utechin por su mayor extensión. Las dos últimas se basan en el texto ligeramente reducido por el propio Lenin para la edición de 1907. La castellana incluye el de 1902. Desgraciadamente la inglesa ha sido abreviada todavía más que la edición leniniana de 1907. La versión castellana presenta deficiencias de traducción que son, sin embargo, secundarias.

El Q. H. desarrolla detalladamente las siguientes ideas expuestas en el artículo de Lenin «¿Por dónde empezar?» (*Iskra*, n.º 4, mayo de 1901): 1.ª «el carácter y el contenido principal de nuestra agitación política»; 2.ª «nuestras tareas de organización»; 3.ª el «plan de crear simultáneamente y por distintas partes una organización combativa de toda Rusia». Estos problemas interesaban desde hace mucho tiempo al autor, quien había tratado ya de plantearlos en *Rabóchaya Gazeta*, órgano oficial efímero del POSDR (Partido Obrero Socialdemócrata Ruso) después de su I Congreso (marzo 1898: Minsk). Frente al reconocimiento por parte de *Iskra* (de cuya Redacción formaban parte Lenin, Mártoov, Potréssov, Plejánov, Axelrod y Vera Zasúlích), de la necesidad de imprimir al movimiento obrero una política netamente socialista, independiente de las fuerzas liberales, coexistía dentro del marxismo ruso la corriente economista de la revista *Rabócheie Dielo*, órgano de la «Unión de los socialdemócratas rusos en el

* Incluida en *Obras escogidas* en tres tomos, Moscú, Ed. Progreso, 1970, páginas 117-270..

extranjero», que propiciaba la consigna bernsteiniana de la «libertad de crítica» del marxismo, la subordinación de la lucha política del proletariado a la tarea de conseguir condiciones ventajosas de venta de la fuerza de trabajo, y dejaba los intereses políticos proletarios en manos de la burguesía. En Rusia el órgano de tendencias economistas abiertas era el periódico *Rabóchaia Mysl* que se venía publicando antes ya (oct. 1897-dic. 1902) de aparecer *Rabócheie Dielo* (abril 1899-febr. 1902), y con el apoyo de ésta. La simple coexistencia de ambas corrientes en el POSDR comenzaba a ser imposible. Lenin declara en el *Q. H.* que hubiera querido exponer sus ideas sin recurrir a la polémica, pero «el economismo ha resultado ser mucho más vital de lo que suponíamos», por lo que es «absolutamente necesario emprender una lucha decidida contra esta tendencia vaga y poco determinada, pero por ello mismo tanto más firme y capaz de resucitar en variadas formas». Tras el giro hacia el economismo decidido de *Rab. D.* (n.º 10) y el fracaso del *Congreso de unificación de las organizaciones del POSDR en el extranjero* (Zurich, 21-22 sept. 1901), Lenin concluye por la incompatibilidad* entre la corriente economista —variedad rusa del oportunismo internacional en el marxismo— y la de los iskristas.

¿Por qué centra Lenin sus ataques en una corriente de la propia socialdemocracia rusa y no en la del constitucionalismo liberal, en la autocracia zarista, o en los socialistas-revolucionarios? «*Rab. D.* ha adquirido una significación particular, (...) 'histórica', por haber reflejado, en la forma más completa, con el mayor relieve, no el 'economismo' consecuente, sino más bien la dispersión y las vacilaciones que han constituido (...) el rasgo distintivo de todo un período». Por esta ambigüedad de proyecto y de práctica «no podemos avanzar sin liquidar definitivamente este período»*.

Si en cada coyuntura política de una formación social dada se desencadena una polarización de fuerzas en cada uno de cuyos polos aspiran a la hegemonía dos fuerzas sociales mayores, Lenin distingue al economismo en cuanto *la* fuerza antagónica de la línea genuinamente socialista en el plano táctico*, precisamente por su vaguedad. La «libertad de crítica» que reclama el economismo no es la libertad de investigación científica, sino la libertad de criticar el marxismo, la libertad de sustituir la teoría marxiana de la transformación socialista por la teoría moral bernsteiniana de la identidad de los principios liberales burgueses y el socialismo, de la identidad entre reformismo de la sociedad capitalista y acceso al socialismo. Los par-

* Lenin sitúa en efecto el oportunismo en distintos planos de la vida del Partido: Así, distingue un oportunismo en el terreno táctico —como en el caso del economismo—, en el campo organizativo, etc. Cfr. *Un paso adelante...*

tidarios rusos de esta tendencia —los *críticos*, economistas— conducen con su doctrina al «envilecimiento del socialismo», a «la corrupción de la conciencia socialista de las masas obreras», conciencia socialista que es «la única base que puede asegurarnos el triunfo». ¿Les niega Lenin a los economistas el derecho de pasarse al reformismo burgués? Lenin responde: «Cuando se intenta avergonzarlos [a los oportunistas rusos], replican, qué gente tan atrasada sois [los marxistas consecuentes] ¡cómo no os avergonzáis de negarnos la libertad de invitaros a seguir un camino mejor! ¡Ah, sí, señores, libres sois, no sólo de invitarnos, sino de ir a donde mejor os plazca (...) y nos sentimos dispuestos a prestaros toda la colaboración que esté a nuestro alcance para trasladaros allí a vosotros! ¡Pero en tal caso soltad nuestras manos (...) porque nosotros también somos ‘libres’ para ir a donde nos parezca, libres para luchar no sólo contra el pantano (conciliatorio) sino incluso contra los que se desvían hacia él!» Se trata de la definición —burguesa o proletaria— en que se sitúa cada tendencia de la socialdemocracia rusa.

La ambigüedad de la consigna economista en favor de la *crítica* se prolonga en su concepción del papel de la socialdemocracia en relación al movimiento espontáneo de masas, en su concepción ecléctica de los problemas teóricos del movimiento obrero. Frente a este realismo chato, y Lenin recoge las palabras de Engels, hay que desarrollar la lucha en forma metódica en sus tres direcciones concertadas, relacionadas entre sí: teórica, política y económico-práctica (de resistencia a los capitalistas). En este ataque concéntrico reside precisamente la fuerza e invencibilidad del movimiento.

En lo que a Rusia respecta, «la historia plantea hoy ante nosotros una tarea inmediata, que es la más revolucionaria de todas las tareas inmediatas del proletariado de cualquier otro país. La realización de esta tarea [es] la demolición del más poderoso baluarte (...) de la reacción europea». Para el derrocamiento del zarismo es preciso mantener la relación adecuada entre la socialdemocracia por un lado y el proletariado y sus aliados por otro, relación que oscurece y falsea objetivamente el economismo ruso con su culto a la espontaneidad. «*Rab. D.* nos acusa de ‘subestimar la importancia del elemento objetivo o espontáneo del desarrollo’». Lo que pretendía era pulverizar el presupuesto marxista de que «la fuerza del movimiento (...) consiste en el despertar de las masas (y, principalmente, del proletariado industrial), y su debilidad, en la falta de conciencia y de espíritu de iniciativa de los dirigentes». El órgano economista llega a reducir «el desacuerdo general» con los *iskristas* a su raíz más profunda: a la «distinta apreciación de la significación relativa del elemento espontáneo y del elemento conscientemente ‘metódico’». Las discrepancias alcanzan al distinto papel que asignan unos y otros a las masas y al partido, suponen una teoría del

cambio social distinta. Quien esto comenta aconseja la lectura de los aspectos metódicos implícitos en la obra si se quiere disipar buena parte de las pantallas ideológicas que obstaculizan el análisis concreto de cada situación concreta en que se plantean realmente las cuestiones de espontaneismo y organización. Lenin resuelve esta falsa dicotomía con el único instrumento metódico general del marxismo en el campo del materialismo histórico: el análisis dialéctico concreto de la coyuntura de la estructura social rusa a sus diversos niveles, estructura social en la que sus soportes humanos se orientan y combinan social y políticamente en categorías, capas, fracciones y clases con intereses propios más o menos amplios y de validez más o menos general para el pueblo, o para la burguesía, y cuya praxis económica, política e ideológica es decisivo conocer e influir. La conciencia socialista es la única que puede interpretar e intervenir activamente en la tarea del cambio, y la única que puede plantearlo planificadamente, teniendo siempre en cuenta las autonomías relativas respectivas de cada nivel y *tiempo* social. El siguiente texto es uno de los más esclarecedores del Q. H. a este respecto. La cita expresa la relación dialéctica e indisoluble que liga al conocimiento social y la práctica en el pensamiento leniniano del Q. H.:

«La conciencia de la clase obrera no puede ser una verdadera conciencia política si los obreros no están acostumbrados a hacerse eco de *todos* los casos de arbitrariedad y opresión, de violencias y abusos *de toda especie, cualesquiera que sean las clases* afectadas; a hacerse eco, además, desde el punto de vista socialdemócrata y no desde ningún otro. La conciencia de las masas obreras no puede ser una verdadera conciencia de clase si los obreros no aprenden, a base de hechos y acontecimientos políticos concretos y, además, necesariamente de actualidad, a observar a *cada una* de las otras clases sociales, *en todas* las manifestaciones de la vida intelectual, moral y política de esas clases; si no aprenden a aplicar en la práctica el análisis materialista y la apreciación materialista de *todos* los aspectos de la actividad y de la vida de *todas* las clases, capas y grupos de la población. Quien oriente la atención, la capacidad de observación y la conciencia de la clase obrera exclusivamente, o aunque sólo sea con preferencia, hacia ella misma, no es un socialdemócrata, pues el conocimiento de sí misma por parte de la clase obrera, está inseparablemente ligado a la completa nitidez no sólo de los conceptos teóricos (...) [sino de] las ideas elaboradas sobre la base de la experiencia de la vida política, acerca de las relaciones entre *todas* las clases de la sociedad actual. (...) A fin de llegar a ser un socialdemócrata, el obrero debe formarse una idea clara de la naturaleza económica y de la fisonomía social y política del terrateniente y del cura, del dignatario y del campesino, del estudiante y del vagabundo, conocer sus lados fuertes y sus puntos flacos, saber orientarse en las frases y sofismas de toda

índole más corrientes, con los que cada clase y cada capa *encubre* sus apetitos egoístas y su verdadera 'entraña', saber distinguir qué instituciones y leyes reflejan estos u otros intereses y cómo los reflejan. Y no es en los libros donde puede encontrarse esta 'idea clara': sólo la pueden proporcionar cuadros vivos, así como denuncias, formuladas sobre huellas frescas, de todo cuanto suceda en un momento determinado en torno nuestro, de lo que todos y cada uno hablan a su manera (...), de lo que se manifiesta en determinados acontecimientos, cifras, sentencias judiciales, etc. Estas denuncias políticas que abarcan todos los aspectos de la vida son una condición indispensable y *fundamental* para educar la actividad revolucionaria de las masas».

Como veremos estas tareas de producción de conocimientos, políticas e ideológicas, no se conciben sin el Partido, que entre otras cosas es un productor colectivo de conocimientos. ¿Rechaza, pues, Lenin la espontaneidad de las masas? «Hay diferentes clases de espontaneidad» —dice, y va desgranando episodios de la lucha obrera de la historia rusa— como hay distintos grados de conciencia. «La historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista (...) En cambio, la doctrina del socialismo [no el movimiento socialista] ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales (...) De igual modo, la doctrina (...) ha surgido en Rusia independientemente en absoluto del ascenso espontáneo del movimiento obrero (...) como resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas» que, recuérdese, son de origen social burgués pero que, debido a su praxis de producción de conocimientos y a su lucha política e ideológica se convierten en proletarios. En Rusia «el primer ensayo (...) de los socialdemócratas rusos de la década del 90 [dirigido, entre otros, por el propio Lenin] (...) tendía a enlazar la lucha huelguística con el movimiento revolucionario».

Pero detenido ya Lenin y la mayoría del grupo de dirigentes petersburgueses (18 dic. 1895), deportados a Siberia (1897), y mermada su capacidad de dirección, la juventud inquieta formada en la tradición revisionista y vulgarizada del marxismo legal, privada también de la influencia de Plejanov y su grupo Emancipación del Trabajo exiliado en Ginebra, se imbuyó en buena parte del espontaneísmo economista. Se trataba, decía R. M. en su n.º 1, de «luchar sabiendo que [los obreros] lo hacían no para imprecisas generaciones futuras, sino para ellos mismos y para sus propios hijos»; el aumento de un kopek por rublo valía mucho más que todo socialismo y que toda política; había que borrar del primer plano la «flor

y nata» [es decir, la vanguardia] de los obreros y situar en su lugar al obrero medio, de la masa. ¿De qué se trataba? Lenin lo define así: «Todo lo que sea inclinarse ante la espontaneidad del movimiento obrero, todo lo que sea rebajar el papel del 'elemento consciente', el papel de la socialdemocracia, *equivale (...) a fortalecer la influencia de la ideología burguesa sobre los obreros*». No es este lugar para detenerse como se debería en las posibles incongruencias entre la concepción mecanicista de Kautski y la dialéctica-del-educador-educado dominante en la doctrina de la vanguardia de Lenin, aunque éste incorpore aquélla en el texto del *Q. H.* como «profundamente justa e importante». Digamos sólo que la interpretación sociológica de las doctrinas plantea otros problemas que los de su articulación simple infraestructura-superestructura tan cara a la temática del marxismo estático y positivista en el que se mueve el razonamiento de Kautski. Aparte de este posible desajuste, el problema de la interpretación de la teoría del cambio revolucionario de Lenin surge como insoluble sólo si se pretende basar en el estudio privilegiado de un texto: por ejemplo, el *Q. H.* Incluso dentro de esta obra las afirmaciones y principios leninianos tienen que verse como elementos de toda una problemática, no como hipótesis aisladas de su sociología política de renovado cuño marxiano, vale decir, dialéctico. No de otra forma pueden interpretarse rectamente sus afirmaciones reiteradas, machaconas, sobre el carácter tradeunionista del movimiento obrero espontáneo, sobre la necesidad de «desplegar *una lucha encarnizada contra la espontaneidad*». En esta problemática leniniana del *Q. H.* aparece destacada la meta estratégica pertinente en la que se inserta su análisis para la acción: el paso cualitativamente distinto a la organización política de las masas, colectivo que no es un fenómeno de masificación de la lucha, sino de combinación política de las distintas capas oprimidas por la autocracia, dentro de cuya combinación de lucha *política* no existe para Lenin un privilegio que otorgar a la vanguardia, sino la hipótesis inicial siempre concebida, pero no explícitamente teorizada, de la relación estructural dinámica —siempre por descubrir en cada coyuntura— entre masas y vanguardia. Su problemática está acuñada con el sello de la historicidad, de la relación de fuerzas y elementos de la coyuntura; y la línea política de masas ha de descubrirse sobre el terreno (genética y estructuralmente), es decir, según esa relación histórica. Lenin enfoca en efecto su táctica organizativa y su estrategia conforme a lo que considera posible conseguir coyunturalmente en el acercamiento a sus objetivos socialistas. Esta articulación de los distintos elementos de su praxis de producción teórica, política e ideológica supone un rotundo mentís a las acusaciones frecuentes de fetichismo organizativo de Lenin, en el terreno de los principios.

En términos de clase, ¿a dónde iba objetivamente, qué política de clase representaba el lema crítico del espontaneísmo ruso? La teoría del respeto al «sentido de la vida» enmascaraba la política de la burguesía de prosternar el movimiento obrero —punta de lanza de las masas populares rusas— ante la «espontaneidad» del modo de producción capitalista. Su respeto por la vida era la forma ideológica que adoptaba el respeto de las formas de producción burguesa, así como su liberalismo político el expediente técnico objetivo para dinamizar el proceso de producción capitalista y darle la coherencia ideológica y política que le faltaba bajo la sobreestructura política de la autocracia; su lucha en el terreno ideológico contra la tendencia marxista iskrista, la política de una burguesía liberal tardía, y por tanto débil y temerosa ante cualquier independencia ideológica de los distintos sectores de las masas proletarizadas en la formación social rusa. Pero la teoría socialista del *Q. H.* no significa que propugne un olvido de la lucha de resistencia económica frente a los capitalistas: «del hecho de que los intereses económicos desempeñan un papel decisivo no se desprende (...) que la lucha económica (...) tenga una importancia primordial, pues los intereses más esenciales, 'decisivos', de las clases pueden ser satisfechos *únicamente* por transformaciones *políticas* radicales; en particular el interés económico fundamental del proletariado puede ser satisfecho *únicamente* por medio de una revolución política que sustituya la dictadura de la burguesía por la dictadura del proletariado». Las élites del espontaneísmo ruso impedían la elaboración de esa perspectiva social superior y practicaba el *seguidismo*, para lo que se situaba como una rémora detrás del movimiento obrero, le invitaba a mantenerse en los cauces de la modernización capitalista y lo frenaba. La organización revolucionaria se situaba como acelerador y mediador de ese proyecto. En los regímenes capitalistas de excepción, y entre ellos el imperialismo zarista, la organización de esa vanguardia particular y la relación de ésta con las masas en general se hará según andamiajes coyunturales específicos de aquellos regímenes de excepción, a saber, de lo que luego terminaría denominándose centralismo democrático, fórmula que tratará de establecer una síntesis superior entre las necesidades de concentrar la intervención creadora de las *masas* con la exigencia para ello de articular su organización según módulos socialistas aun a pesar de las trabas variables del sistema de represión de las formaciones burguesas. La mayor o menor democracia en la organización del Partido dependerá de esas condiciones de excepción del Estado y de la amenaza y represión consiguientes que éste ejerza.

Lenin no halaga a los dirigentes: «bajo la influencia del movimiento obrero se ha reanimado la efervescencia entre la juventud estudiantil, entre

los intelectuales en general, hasta entre los campesinos. Pero los revolucionarios se han rezagado de este movimiento ascendente, tanto en sus teorías como en su actividad, no han logrado crear una organización permanente (...) capaz de *dirigir* todo el movimiento». Este ataque no es una línea circunstancial, y otros textos y obras de Lenin lo prolongan y profundizan. Pero es cierto que Lenin no se plantea aún la necesidad de fijar controles institucionales que garanticen una relación correcta entre democracia y centralismo.

Por lo demás el *Q. H.* es un tratado de técnicas socialistas del cambio y se prepara a educar a los obreros para la actividad revolucionaria, específicamente socialista, incompatible con el terrorismo jacobino y blanquista. Contra lo que se ha afirmado, Lenin tiene en cuenta en el *Q. H.*, si bien no plenamente teorizada, la exigencia de que los revolucionarios socialistas no pueden atenerse en su praxis teórica, política, etc., a la división capitalista del trabajo, porque la organización de revolucionarios prefigura ya la sociedad socialista, siendo en realidad la primera manifestación de vida socialista bajo el capitalismo. La concepción anticapitalista del trabajo del partido está ya implícita en su visión del socialismo científico, en su dialéctica entre ciencia y juicios de valor, teoría y práctica, en su concepción de los revolucionarios profesionales como «hombres consagrados en cuerpo y alma a la revolución», «agrupados en un todo único (...) para no fragmentar con las funciones del movimiento el propio movimiento (...) cuyo objetivo (...) consiste en la transformación radical de las condiciones de vida de toda la humanidad», ante cuya profesión transformadora *«debe desaparecer en absoluto toda distinción entre obreros e intelectuales»*, pues cuando los obreros participan en la elaboración de la ideología revolucionaria «no participan en calidad de obreros, sino en calidad de teóricos del socialismo», etc. La división de funciones dentro del partido se da, además de por las diferenciaciones sociales y culturales a que obliga el capitalismo, por exigencias conspirativas impuestas por su Estado, que en Rusia reprime a sus oponentes «con todas las reglas del arte»; con el mismo sentido organizativo y conociendo todas las reglas de la lucha conspirativa contra la policía política, la organización de revolucionarios será un núcleo reducido especializado también y estrictamente seleccionado, pero no según la lógica capitalista, sino capaz de enfrentarse adecuadamente a la labor desarticuladora de su policía. En la coyuntura de los años 1901-2, la praxis teórica del movimiento se hallaba centrada en un problema estratégico más inmediato: cómo concentrar y acelerar la iniciativa de las masas sin que la relación dialéctica de complementariedad, implicación mutua, reciprocidad de perspectivas, etc. entre las masas y su vanguardia quedase rota por la represión y por las propias contradicciones de los grupos de la combina-

ción política popular en interacción con el bloque dominante y su sistema institucional.

La estructuración del colectivo popular dependía, pues, de su polo antagónico, el capitalismo ruso que se especificaba con la tutela-dominación de los terratenientes y alta burocracia zarista. Las incongruencias funcionales en la participación del poder —carente la estructura jurídico-política de los cauces adecuados de representación política de las fuerzas sociales— sumaba efectivos a la oposición. Frente a una línea esquematizada de fuerzas recuperables por la democracia burguesa (monárquicos-constitucionalistas, corrientes democrático-burguesas sin formulación ideológico-política precisa) se hallaban las capas del colectivo popular leninista: las masas de oposición democrático-radicales y socialistas. En su seno la clase obrera y su destacamento de vanguardia. Los socialistas, recuerda Lenin, deben exponer y subrayar ante todo el pueblo los objetivos democráticos generales, sin ocultar ni por un instante sus convicciones socialistas. No es socialdemócrata el que olvida en la práctica que su deber consiste en ser el primero en plantear, acentuar y resolver toda cuestión democrática general. «Nosotros debemos organizar la lucha política en forma (...) múltiple bajo la dirección de nuestro partido». «¿Tenemos fuerzas bastantes?» Recuérdese que el Partido es un insólito investigador-actor social de nuevo tipo: el partido de todo aquel obrero, campesino, estudiante, intelectual, etc., que sabe desaparecer como profesional escindido por la división capitalista del trabajo económico, político o ideológico, para convertirse en cuerpo y alma al trabajo no escindido de la revolución; el partido del que inicia ya en sí mismo y en su praxis social las formas de pensamiento y relación socialistas, el que es capaz de tratarse a sí mismo y a los demás como tal. Sin embargo, el *Q. H.* se halla todavía distante de la doctrina de la revolución permanente leninista-trotskista, pues aún no se ha producido lo que en *Dos tácticas* (1905) definía Lenin como la «traición de la burguesía», ni por tanto la nueva estructuración de las masas fundamentada en las dos grandes fuerzas sociales, el proletariado y las masas campesinas.

En el capítulo IV Lenin expone las tareas de organización, explicando la diferencia entre los métodos primitivos de trabajo revolucionario que satisfacían a los economistas y la organización de revolucionarios profesionales dirigida por verdaderos jefes políticos de todo el pueblo. En la Rusia autocrática esta organización no debe ser muy extensa, y es preciso que sea lo más clandestina posible. Los que por pretendido respeto a la base oponen a ésta sus dirigentes, son unos demagogos. Pero la «concentración de todas las funciones clandestinas en una organización de revolucionarios profesionales no significa en modo alguno que estos últimos 'pen-

sarán por todos', que la muchedumbre no tomará parte activa en el movimiento (...) no implica en manera alguna la centralización de todas las funciones del movimiento».

¿Partido de élite? Sofisma de la burguesía. Según Lenin la naturaleza revolucionaria del partido no se define por su número de miembros, o por el origen social de éstos, sino por su política, y en cuanto a medios de verificación de su trayectoria y de sus éxitos en el socialismo, no cabe esgrimir indicadores sociales estáticos: sólo la historia, es decir, el grado de transición de un partido o un país al socialismo nos da el índice de su construcción. ¿Tendencias antidemocráticas, como asegura *Rab. D.*? Lenin responde, ¿pero es posible esa amplia democracia en la organización del partido «bajo las tinieblas de la autocracia»? En cambio las libertades políticas de Alemania sí permiten instaurar en el partido socialista la publicidad completa de sus actividades y el carácter electivo de sus cargos, pero ¿es esto realizable bajo las condiciones de represión zarista?

Por otra parte, en cuanto al ámbito territorial de los métodos primitivos de trabajo, perpetúan el desinterés y la incapacidad de los viejos círculos locales en la tarea de dar al movimiento una envergadura y difusión nacionales. El movimiento no tenía coordinación; de aquí los expedientes técnicos del plan de organización leniniano: 1) un periódico político regular destinado a toda Rusia, como órgano de difusión y agitación política, aglutinador de iniciativas, educador y organizador colectivo, órgano de combate, *andamio* (sic) desde el que se edifique la organización revolucionaria. 2) La red de agentes constituidos para realizar y difundir a través de una labor regular entre todos los sectores del país ese educador, organizador y agitador colectivo*.

* El autor de estas *Notas de lectura* prepara una tesis doctoral sobre la teoría leniniana de las relaciones masas-partido. Estas Notas no pretendían, claro está, más que una presentación del discurso leniniano en el *Q. H.*, o poco más. Pero la temática del *Q. H.* plantea en la coyuntura actual problemas que no pueden contestarse dentro de los límites de esa temática. Su tratamiento requiere un análisis a fondo de la teoría política de Lenin, como elemento de una sociología de la primera revolución socialista la de 1917.